

EL REY
MAS FEO



No 10
32

Chalcoón





1.— Salíó otro día a excursionar y vió, lejos, a unos indios que tenían amarrados a otros dos indios, en espera de su paraban activamente una fogata. Última hora. Robinson se estremeció de horror.



3.— Desamarraron a uno de los indios y con un terrible garrote le dieron espantoso golpe en el cráneo.

4.— Después quisieron hacer lo mismo con el otro indio que quedaba; pero éste logró huir precipitadamente.



Redacción y Administración: — Agustinas 1639. — Casilla 2787

REVISTA SEMANAL DE CUENTOS INFANTILES

A vertical illustration on the left side of the page shows a young boy with a tuft of hair, wearing a dark, patterned dress or tunic. He is holding a large, stylized flower with both hands. The background of the illustration is dark with white circles and floral patterns.

Chascón contra Tarzán

Episodio N.º 32

El gigante perdió el equilibrio y cayó del árbol; justamente muy cerca del oso, que lo miró con ojos enfurecidos y le saltó encima con resolución. Inmediatamente se entabló la más dura pelea. Chascón la miraba, entusiasmado.

— Saben pelear bien estos malditos — decía para sí.

El gigante logró, de un tremendo golpe, hacer huir al oso. Entonces Chascón, que deseaba terminar cuanto antes con sus enemigos, se acercó al barbudo gigante y de un garrotazo le hizo cerrar los ojos y exhalar un débil quejido.

Tarzán, en tanto, contemplaba desde el árbol lo que acontecía.

— No es posible que siga aquí — se dijo.

Y bajó del árbol, dispuesto a probar suerte con Chascón.

—A lo mejor logro vencerlo — se dijo. ¡Qué alegría sentiré entonces!

Pero Chascón, que no estaba dispuesto a dejar a Tarzán más alegre que un buen hombre a quien se acaba de contar un cuento divertido, lo tomó de un brazo y se lo estrechó con fuerza. Tarzán gritó como un desesperado.

Suéltame — exclamó. — Suéltame, que me estás rompiendo todos los huesos.

Chascón se lo llevó prisionero.

Mientras esto ocurría, el oso, que no andaba lejos, regresó. Vió al gigante tendido en el suelo, se aproximó y le mordió con fuerza y furia el cuello. El infeliz gigante no alcanzó ni a decir media sílaba: La sangre le cubrió el pecho y los hombros.

Saciada su sed de venganza, el oso se alejó y, a poco, topóse en el camino con Chascón, que iba con Tarzán tomado de un brazo. Tarzán aullaba de miedo, de vergüenza, de rencor impotente.

En cuanto Chascón divisó al oso, le dijo a Tarzán:

—Aquí tienes mi garrote. Te exijo que pelees con el oso. Puede ser que de esta manera te acuerdes de que eres hombre y no andes lloriqueando como una chiquitina.

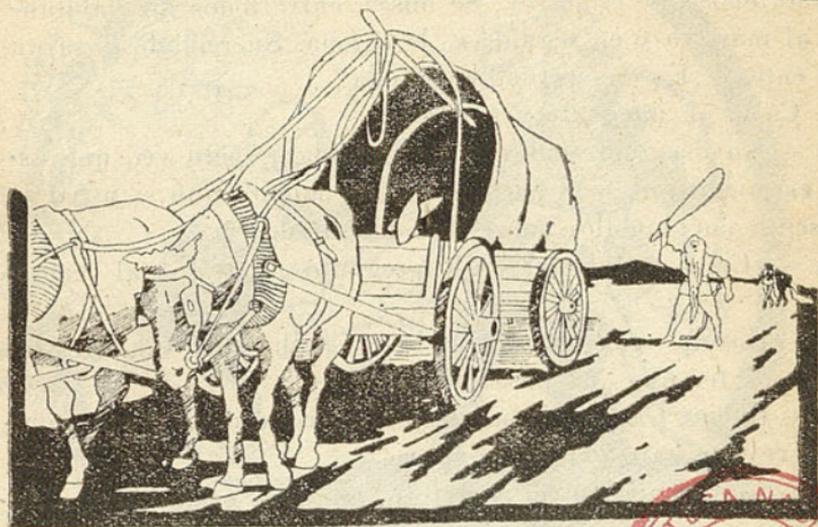
Tarzán tomó el garrote, pensó darle un garrotazo a Chascón, pero no se atrevió. El oso se acercaba gruñendo.

—Lucha con él — le ordenó Chascón.

Pudo más la ciencia de Tarzán que la furia del oso. De un garrotazo muy fiero, el oso quedó tendido para siempre en mitad del camino.

(Lea en las páginas centrales la continuación de estas interesantes aventuras)

EL REY MAS FEO



Después de mucho andar, se toparon con una carreta.

Astolfo, Manfredo y Ricardo salieron en busca del Reino de los Feos, país del que habían oído hablar y al cual deseaban conocer en debida forma.

Después de mucho andar, se toparon con una carreta. Dentro, un hombre dormía. Cuando escuchó pasos, abrió los ojos y quiso huir; pero Astolfo le dijo que nada temiera y le tranquilizó con amables palabras. Después le preguntó:

—¿Sabes tú dónde queda el Reino de los Feos?

El carretero, al oír esto, bajó de su vehículo y comenzó a examinar a Astolfo, con suma atención. Le cogió la barba, se la sobó muchas veces y después respondió así:



—Sé perfectamente dónde queda ese reino. Yo me dirigía hacia allá, precisamente.

El Reino de los Feos es un país ejemplar. Anualmente en esta época, se elige rey. Se busca, entre todos los habitantes, al más feo y en seguida se le corona. Su reinado dura un año entero. ¡Es una verdadera ganga!...

Calló un momento y añadió:

—Yo iba a presentarme de candidato; pero veo que usted es muchísimo más feo que yo, de manera que si usted se presenta por aquellos lados, será nombrado rey.

—¿Cómo te llamas? — le preguntó Astolfo al carretero.

—Carota — respondió el hombrecillo, que era, en verdad, más feo que una pesadilla.

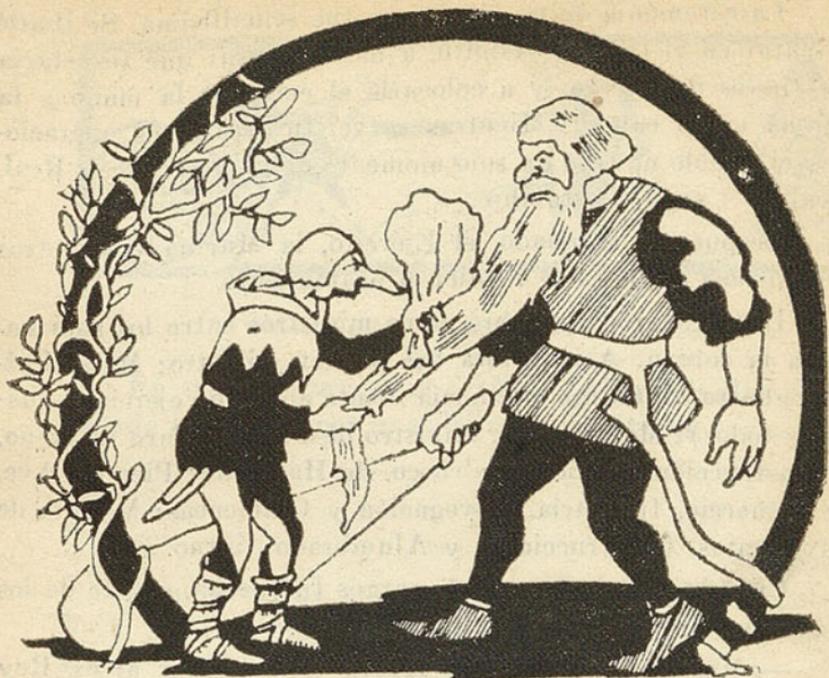
—Bueno, Carota: si me llevas hasta ese reino y me nombran rey, te haré primer ministro.

No quiso oír más el carretero. Se trepó en la carreta, hizo subir a Astolfo, a Manfredo y a Ricardo, azotó a sus caballos y a todo correr se dirigió al país en que, cada año, el hombre más feo es elegido rey.

II

Tres días hacía que duraba el Gran Certamen. En la explanada del Palacio Real los ancianos del Pueblo de los Feos iban apartando y clasificando a los candidatos por orden de méritos.

Astolfo tenía éxito. Apenas se presentó acompañado de Carota, el carretero, una salva de aplausos saludó su llegada. Pero la cosa se presentaba difícil; pues cada uno de ellos constituía un ejemplar tan raro, que los ancianos, locos ya de tanto deliberar, tomaron una resolución desesperada: con arreglo a las leyes del Reino.



Le miro atentamente las barbas

El más viejo condujo al grupo de aspirantes ante el Rey, y dijo:

—¡Rey Calabacín del Calabazón! Nunca ha habido tantos candidatos dignos del trono como ahora. Si no te superan en fealdad, tampoco te son inferiores. . . La ley, en este caso, nos autoriza para hacer un concurso de visajes. En esta competencia puedes entrar tú también; pues nosotros votaremos y elegiremos a aquel que, a nuestro juicio, lo haga mejor.

Y como todos manifestasen su conformidad, el anciano les fué llamando por sus nombres para que demostrasen sus aptitudes.

Después de prolongado concurso, el triunfo correspondió a Astolfo

La ceremonia de la coronación fue sencillísima. Se limitó a sentar en el trono a Astolfo, a hacerle jurar que respetaría los fueros del Reino, y a colocarle el cetro en la mano y la corona en la cabeza. Mientras se verificaban estas operaciones, el pueblo no cesó un solo momento de gritar: "Real. Real, Real...". según costumbre.

Después de coronado, el Ejército, la Marina y los otros organismos oficiales le rindieron acatamiento.

Luego, Astolfo nombró a sus ministros entre los aspirantes a la corona. Así, Carota fué primer ministro; Malas-Pulgas, almirante (cargo que hacía veinte años que ejercía a gusto de todos); Mala-Cresta, ministro de Policía; Cara de Asno, de Instrucción Pública; Pedrusco, de Hacienda; Pico de Ave, de Comercio, Industria, Navegación y Chimeneas; Monito, de Pavimentos, Construcciones y Alumbrado diurno.

Cuando la distribución de cargos fué hecha, el jefe de los ancianos se acercó:

—¡Majestad! — dijo — Ahora falta juzgar al ex Rey Calabacín. Este individuo fué, durante su mando, bastante mal educado e insolente. Se sospecha que se pasaba el peine por los bigotes a contrapelo para parecer más feo y conservar la corona. Además...

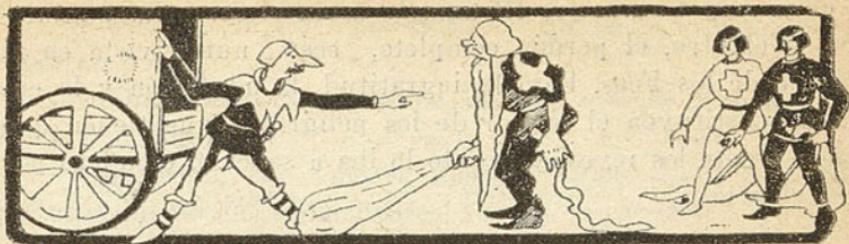
—¡Perdonado! — sentenció Astolfo.

—No te precipites — dijo el anciano. — Piensa que aquí la costumbre es mandar al monarca cesante al destierro.

—Pues yo le perdono, por no juzgar sus faltas graves.

—Eres el Rey, pero te aconsejo que no te burles de la costumbre, porque aquí la respetamos mucho.

Astolfo no hizo caso, y aprovechando el momento, Calabacín, se acercó a besarle la mano y se escabulló prontamente por entre el gentío



Los invita a subir en su carreta.

En seguida empezó el desfile, y el nuevo Rey fué acompañado a Palacio por una delirante multitud

III

Astolfo estaba que no cabía en el pellejo de puro orgulloso. ¡Ahí es nada, ser nombrado Rey por sus propios méritos!

—Al fin veo que se me empieza a hacer justicia — pensaba candorosamente.

Pero su propia satisfacción no le hacía olvidar su deber. De modo que, una vez terminada la ceremonia, llamó a su lado a Ricardo y Manfredo, y se dirigió en su compañía a Palacio, en medio de los vítores del gentío.

—Ahora a comer — dijo Astolfo alegremente, en cuanto hubieron llegado a su nuevo domicilio.

Una nube de servidores se abalanzó a recibir sus órdenes. En todo fué obedecido.

Pero no todo había de ir como una seda. Apenas tomaba posesión de su Reino, ya los eternos envidiosos empezaban las intrigas para amargarle la vida, y a ser posible desembarazarle del peso de la corona.

Los autores de la conspiración no eran otros que Carota

y el ex Rey Calabacín. El uno, le debía el ser primer ministro, y el otro, el perdón completo, cosa nunca vista en el Pueblo de los Feos. Pero la ingratitud, la adulación y la envidia constituyen el mayor de los peligros a que tienen que hacer frente los reyes, y pronto lo iba a saber el escudero por experiencia.

Astolfo se sentó a la mesa ignorante de todo, y se dispuso a hacer honor a la comida que acababan de servir. Estaba radiante de alegría, y bromeaba mientras escogía con gran cuidado las viandas a las que iba a hincar el diente. Pero apenas empezó a trinchar un pastel de liebre, un hombre alto, delgado, vestido de negro y con un enorme infolio debajo del brazo, entró rápidamente en el comedor y se colocó detrás del sillón del Rey. Astolfo, ocupado como estaba, ni se fijó siquiera en la extraña figura; así que no pudo ver el mohín de desagrado ni la seña que el recién llegado personaje hizo a uno de los servidores.

—Pues, señor, va de cuento — dijo Astolfo haciéndosele la boca agua al ver terminado su trabajo. — Una vez, en nuestro castillo, hice una apuesta con...

Astolfo se interrumpió de pronto, porque acababa de ver desaparecer el pastel de delante de sus ojos, como por arte de magia.

—¿Qué es eso, malandrín? — rugió al ver al criado que se marchaba con la fuente. — Trae aquí eso otra vez o te mando desollar vivo. Lo menos te creerás que he trinchado para que otro se lo coma...

El criado tal vez hubiese vuelto con su presa; pero el hombre negro le volvió a hacer una nueva seña, más imperativa que la primera. Luego, con la mayor sangre fría, alargó su descarnado brazo y tomó el pulso a Astolfo.

—Nada... lo que pensaba... Febris... *Non potem comeri carnis...*

—¿Quién eres tú, estúpido, que te atreves a robarle la comida al Rey?

—Majestad, soy vuestro médico. Como tenéis el pulso agitado, he creído conveniente...

—¡Basta!... Comprendo. Devuélveme la comida y te perdono. Una equivocación cualquiera la tiene.

—Imposible, Majestad. Vuestro primer ministro me ha encargado que vele por la salud de Vuestra Augusta Persona, y no debo...

Astolfo impuso silencio y levantó en alto su garrote, dispuesto a castigar al médico; pero en el mismo instante Carota abrió la puerta y se precipitó en medio de la sala.

—Majestad — dijo el primer ministro. — Según la ley...

—¿Qué ley ni qué ocho cuartos! En mi casa, la ley soy yo — gritó el Rey con voz de trueno. — ¿A ti quién te ha dado permiso para entrar? Además, ¿no sabes que al Rey no se le habla si éste no pregunta?

—Pero, Majestad, si soy Carota...

—¡Guardia! Avisad inmediatamente a Mala-Cresta que venga aquí.

Un guardia salió corriendo a cumplir la orden, mientras Carota se acercaba al Rey y le decía con voz plañidera:

—La ley me obliga a que, por medio del médico, vele por vuestra salud.

—¡Ah! ¿Conque eres tú quien, con tu celo mal entendido, me has jugado la mala pasada de dejarme sin comer?... Pues entonces — dijo dirigiéndose a Mala-Cresta que entraba jadeante — apodérate de Carota y enciérrale en un calabozo, por desobediencia e impertinencia... A pan y agua...;

dale también algo de col cocida.

Mala-Crésta se inclinó y, sin contemplación alguna, se llevó a Carota rodeado de guardias.

—¡La comida...!

Se oyeron pasos precipitados y carreras, y la multitud de servidores volvió a entrar con los platos humeantes. Alegrósele la vista al Rey, y cayendo sobre el pastel de liebre que tenía trinchado, empezó a llenar su estómago con verdadera satisfacción.

—A este pobre Carota me parece que le he tratado con demasiado rigor — dijo a Ricardo y Manfredo cuando estaban a los postres. — ¿Vamos a libertarle?

Como los muchachos eran de la misma opinión, fueron en persona a llevarle el perdón real, y poco después volvían acompañados del ex carretero, que se confundía en reverencias.

—Así aprenderás a respetarme — dijo el Rey al verle, y volviéndole la espalda se marchó, acompañado de sus protegidos, a presidir la audiencia que cada día debía dar a sus vasallos.

En aquellas pruebas quedó bien. Tenía sentido común y hacia sana y recta justicia. Hay que notar que los muchachos le servían de mucho con sus consejos.

Pero Carota laboraba en la sombra. Poco a poco, con astucias ratoniles, iba corrompiendo las voluntades de los ministros, y éstos dejándose apoderar de la envidia que corroía al ex carretero, empezaron a tachar al Rey de tirano y perdonavidas, y urdieron una conspiración para destronarle. Desde entonces, amparándose en la ley, que falseaban a su gusto, no dejaban tomar una determinación que no fuese directa o indirectamente contra el pueblo; y sucedió el fenómeno que mientras Astolfo creía que todo el mundo estaba contentisi-



Astolfo comenzó el festín

mo de su gobierno, se murmuraba de él hasta en su mismo Palacio. Ni él ni los muchachos eran dueños en sutilezas legales y poco a poco iban cayendo en aquella trampa tan bien preparada.

Un día Astolfo quiso llevar a la práctica su antiguo proyecto de castigar al conde Arnaldo de Rocadura, un usurpador detestable, y reuniendo a sus ministros les encareció la necesidad de levantar un ejército.

A todo dijeron que sí aquellos desalmados; pero en vez de reunir tropas, hicieron propalar entre el pueblo que Astolfo quería emprender una guerra sangrienta.

El revuelo fué enorme. Los Feos, abandonando sus casas, se estacionaron ante Palacio en actitud agresiva y alborotadora, y Astolfo, que ignoraba la causa, y que por lo demás nadie se cuidó de decírsela, salió al balcón a apaciguarles.

Ricardo y Manfredo dejaron al rey entregado a sus amargas reflexiones y se dispusieron a averiguar aquel mis-

terio. Ya habían notado en Carota ciertas particularidades que les habían extrañado y se pusieron a espiar sus movimientos sin ser notados. Al fin, una noche vieron que Carota se envolvía en un manto y abandonaba el Palacio con gran misterio. La noche era oscura y tempestuosa. Los muchachos, la mano en la empuñadura de sus espadas y poseídos de sorda rabia, se embozaron en sus capas y le siguieron pegados a las paredes. Al cabo de un rato de marcha tortuosa, Carota se internó en uno de los barrios de peor fama de la capital, y entonces, cobrando mayor rapidez, se deslizó por las sombras hasta que se metió en obscurísimo portal. Los muchachos tenían buena vista y se arrimaron a la casa sospechosa con precaución. Empujaron la puerta de entrada, que cedió sin producir ruido, y se encontraron en una vasta sala desmantelada. La recorrieron en todos sentidos hasta que a tientas encontraron un corredor que les condujo a otra habitación, ésta profusamente alumbrada por varias antorchas, y en la que discutían acaloradamente un centenar de personas. Ricardo y Manfredo reconocieron entre ellas a todos los ministros y además al ex Rey Calabacín, que entonces llevaba la voz cantante.

—Hay que obrar rápidamente — decía. — Dejémosle levantar el ejército y nada más fácil entonces que hacer rebelar las tropas.

—Mejor sería hacerle abdicar — dijo Carota, pasando al centro del grupo.

—Pero, ¿cómo? — preguntaron todos.

—Ahora lo veréis — contestó el ex-carretero.

Habló unos momentos en voz baja con varias personas y éstas desaparecieron de la sala.

—¡Vámonos! — dijo Manfredo. — Ya sabemos bastante y esto me parece que se pone malo.



Se llevaron a Carota los 50 daños

Ricardo obedeció a su hermano y los dos desandaron el camino a toda prisa. Pero pronto vieron que era imposible la huida. El traidor Carota, que debía temer algo o que tal vez se había percatado de su presencia, les había tendido una celada; el corredor se llenó de embozados y los muchachos se vieron rodeados de sombras amenazadoras.

Los chicos se vieron brutalmente arrancados del suelo y conducidos casi a rastras en medio de la obscuridad más completa.

IV

El Reino de los Feos era un volcán en erupción. Los soldados llamados a las armas estaban formados en la Plaza Mayor murmurando a voz en grito de sus jefes, que no parecían. Los mercaderes cerrando sus tiendas se lanzaban a las calles armados con toda clase de armas, para evitar lo que ellos creían un atropello de sus libertades.

En cuanto a Astolfo, no se cuidaba de tales rumores. Hacía dos días que habían desaparecido sus protegidos y estaba inconsolable. En el Palacio no conservaba a ningún servidor ni guardia, pues a todos había enviado en su busca; pero al fin, cansado de esperar en vano noticias, agarró la

tranca y abandonó el Palacio, jurando que destruiría la ciudad para encontrar a sus señores. No dejó de extrañarle que la gente huyese al verle, pero continuó su camino preguntando a todo el que pasaba al alcance de su brazo. Nadie sabía nada. Los más no contestaban y se limitaban a encogerse de hombros.

Al llegar a la Plaza Mayor vió a los soldados formados y al pueblo vociferando. Hendiendo el gentío, empezó a preguntar en voz alta la causa. Al ser reconocido, se vió rodeado de rostros amenazadores y de puños levantados, todo acompañado de una gritería capaz de volver loco a un sordo. Cansado al fin de que no se le atendiese, golpeó con el garrote unas cuantas cabezas y reclamó silencio a grito pelado.

Al fin se hizo un silencio relativo.

—¿Qué queréis? ¿Por qué hay aquí tantos soldados y ningún jefe?

Nadie acertaba al pronto a comprender lo que preguntaba el Rey, y creían que les tomaba el pelo. Los conjurados, en cambio, que veían el peligro de que el Rey hablase a su pueblo, hacían todo el ruido posible para evitar que Astolfo se dejase oír.

El Rey, mientras tanto, se volvía loco de verdad ante tanto bullicio y discusión, y perdiendo la paciencia esforzó la voz para recomendar a los soldados que hiciesen callar a los alborotadores. Aunque de mala gana, obedecieron unos y otros. Entonces Astolfo hizo preguntas que el pueblo contestaba a su modo, viéndose él también obligado a dar explicaciones. El engaño, por ambas partes, era tan patente, que el pueblo cambió al momento de actitud.

Pero entonces llegó Carota y arengó, a su vez, a las

turbas, rebatiendo y negando todo lo que Astolfo había dicho.

—Además, fijaos — añadió, encontrando al fin un poderoso argumento. — Hasta ahora nos ha engañado a todos, pues nos hacía creer que su barba era verdi-roja, y ahora, que tal vez no ha podido pintársela, aparece con un color de pelo corriente.

Astolfo se miró y pudo comprobar que Carota decía verdad. La alegría resplandeció en su semblante, pero al mismo tiempo, enfadado por la mala fe de aquel desagradecido, se abalanzó por entre la gente y logró echarle la mano al cuello.

—¡Pueblo de los Feos! — exclamó, levantando a Carota para que todos le viesen. — No he nacido para gobernar. Las intrigas me repugnan. El poder me abruma. Este granuja finge creer que yo me he aprovechado del color de mis barbas para empuñar el cetro. Nada más lejos de la verdad, y ahora os convenceréis. Llamad a vuestros ancianos y que éstos convoquen una nueva elección. . . Pero, devolvedme a Ricardo y a Manfredo, a quienes estos conspiradores deben haber apresado, Dios sabe con qué intenciones.

Llamados los ancianos, éstos decretaron la entrega de los muchachos, que fueron encontrados por las turbas pocos minutos después, gracias a la traición de algunos conjurados. Llegaron medio muertos de hambre, y sus primeras palabras fueron para acusar a Carota y al ex Rey Calabacín, así como a los demás ministros.

Los ancianos deliberaron y dijeron que el rey podía seguir gobernando, a pesar de la desaparición de las manchas, hasta que pasase un año.



1.—Después de vencer al oso, Tarzán quedó muy cansado. Chascón encendió una hoguera para protegerse de las fieras. La noche había llegado.



2.—Tarzán se quedó dormido junto al fuego. Chascón no quiso dormirse. De repente, vio, muy lejos, un humo blanco.



3.—El humo se acercaba, tenía la forma de un cuerpo humano y agitaba los brazos. Chascón se levantó. Entonces el humo se convirtió en un ser extraño.



4.—Era un hombre de amplia vestidura. En su cabeza tenía una corona de ramas. Le dijo que era el dueño nocturno de este bosque.



5.—Chascón, sin saber qué hacer, hizo una reverencia. Entonces el desconocido le invitó a su palacio subterráneo.



6.—Despertaron a Tarzán y se pusieron en camino. Entre los árboles, apareció, iluminada, la boca de una cueva profunda.



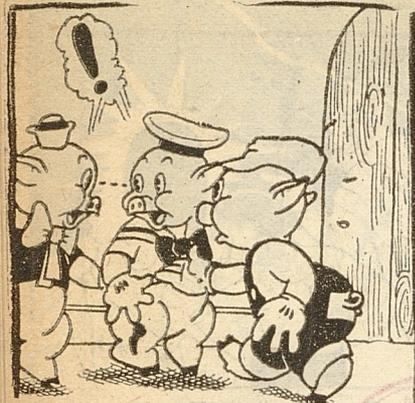
7.—Entraron en ella. Anduvieron un rato en la obscuridad. Después, un pájaro de grandes ojos que despedían llamas, iluminó una puerta.



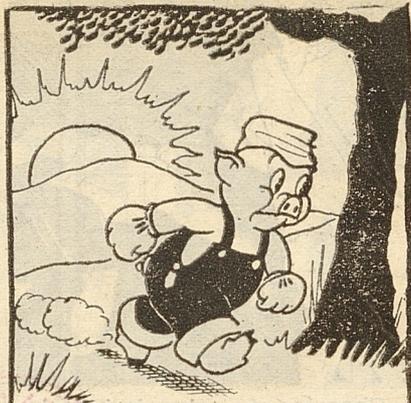
8.—Golpeó en ella el desconocido y un hombrecillo de bonete abrió. Penetraron en una sala muy amplia, llena de objetos curiosos.

¿Quién es este desconocido? ¿Qué hará con sus visitantes?)

Los Tres



1.—Tendré que salir por dos días— dijo el chanchito mayor a sus hermanos; no se asomen ni a la ventana, el lobo anda cerca.



2.—Ahora veremos— se decía el chanchito,—tramando algo,— Si son prudentes, cumplirán mis órdenes.



3.—Cuando "Los chicos" se encontraron solos, apenas se atrevían a hablar.
El lobo es muy listo: si sabe que nuestro hermano no está, "nos come vivos".



4.—El maldito lobo, que todo el día rondaba por la casa de los chanchitos, por si podía atraparlos, ya se había enterado de todo, y se puso manos a la obra.

Chanchitos



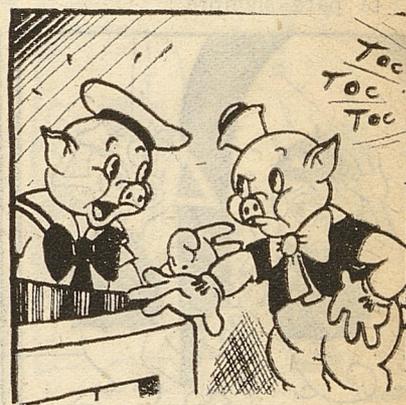
5.—Corrió a su casa y buscó en un baúl un trajecito que era de su abuela, que pereció en sus coñillos



6.—Juntó huevos de todas clases y los echó a un canasto. Esta vez me haré pasar por vendedora de huevos,— se dijo.

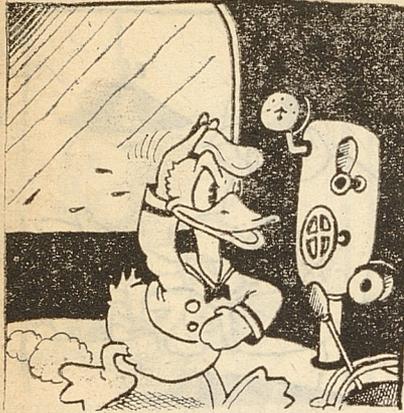


7.—Y colocándose un velito a lo Marlene Dietrich, salió ligerito para la casa de los chanchitos.

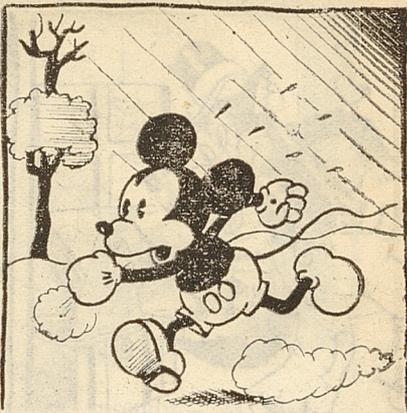


8.—Cuando estos oyeron golpear— preguntó uno: ¿Abriremos o no?— Primero veamos quién es, interrumpió el otro.

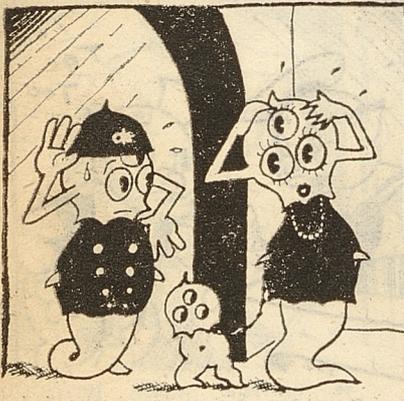
(Continúa)



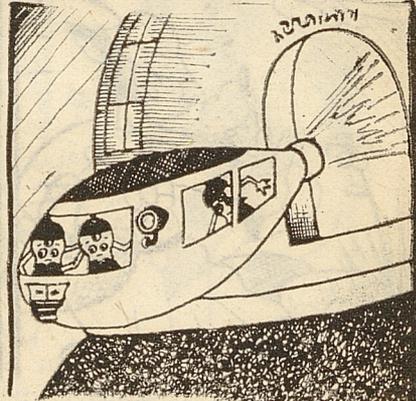
1.—En qué lío nos hemos metido, si Mickey no arranca luego, nos tendremos que quedar en Marte para siempre.



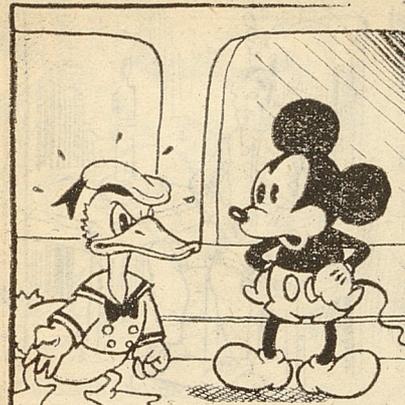
2.—Por suerte pude huir, y recuperar mi tamaño natural. Ahora tengo que llegar luego al aparato. Si se dan cuenta, me linchan.



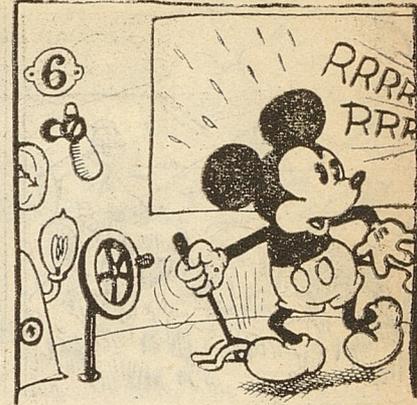
3.—El Ratón Mickey se ha fugado.
—Ya me lo suponía, salgan en patrulla y no lleguen sin él.



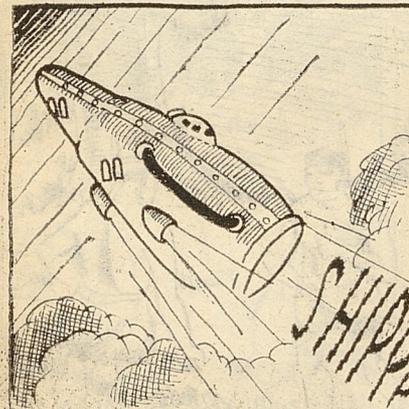
4.—Hay que llegar luego al proyectil para no dejarlo partir a la tierra.



5.—¡Maldición! No me acuerdo cómo parte. ¿Qué haremos?
—Estamos destinados a morir en Marte.



6.—Vienen a buscarme.— ¿Cómo salgo de este aprieto? Tócate todas las palancas, o salimos o reventamos.



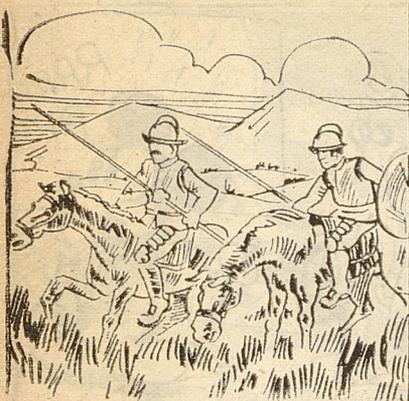
7.—¡Qué suerte! Ya partimos de nuevo hacia el cielo, estamos libres de Marte.



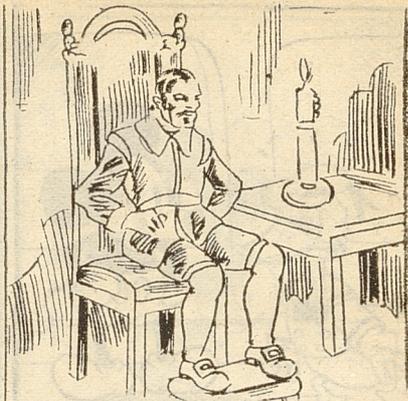
8.—No se crea libre, alcancé a to-
marme de una ventana, vuelva atrás o lo mato aquí mismo

¿Qué hará ahora Mickey?

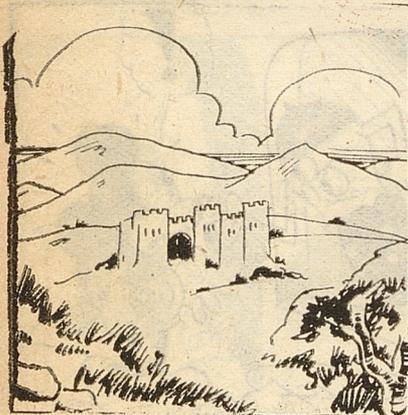
(Continúa).



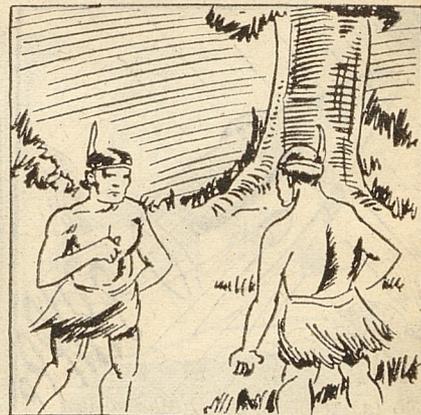
1.—Valdivia, al frente de sus soldados, decidió extender su conquista y se marchó al sur del país, entrando en territorio araucano.



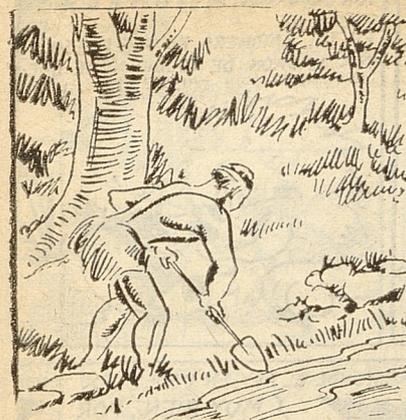
2.—Después de fundar varias ciudades, se estableció en Concepción, rodeado de todas las comodidades que en esa época se podían conseguir.



3.—Tres fuertes guarnecían el territorio araucano: Arauco, Tucapel y Purén. Con ellos se pensaba mantener alejados a los indios.



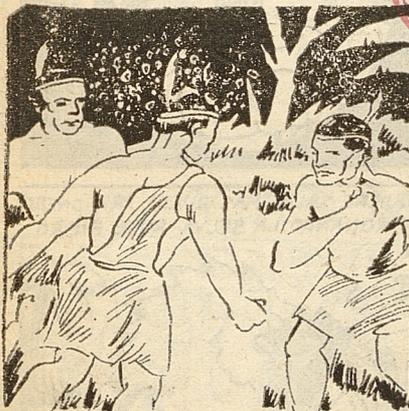
4.—Estos no oponían resistencia alguna a la invasión de su territorio. Pacíficos, silenciosos, se dejaban dominar.



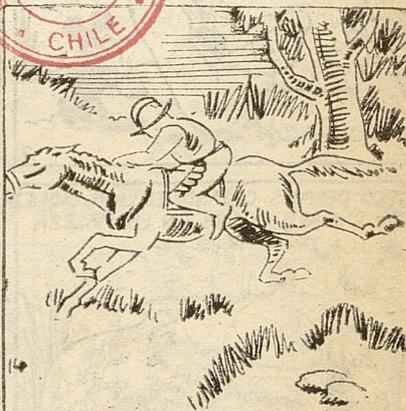
5.—Valdivia comenzó entonces a explotar las minas de oro y se sintió gran señor. Decía que ya era tiempo de gozar de la existencia.



6.—A sus subalternos los trataba con altanería. Por el menor error, mandaba azotar a los indios. Se le temía mucho.



7.—En las noches, los indios solían conversar entre ellos y estudiaban la manera de rebelarse. Pero los españoles vigilaban.



8.—Una noche de fines de 1532, un soldado español llegó a Concepción en busca de Valdivia. Traía graves noticias.

(Lea en el próximo número: "LA RESISTENCIA ARAUCANA")



FABULAS

Ilustradas

EL LEON Y
EL RATON

(DE SAMANIEGO)

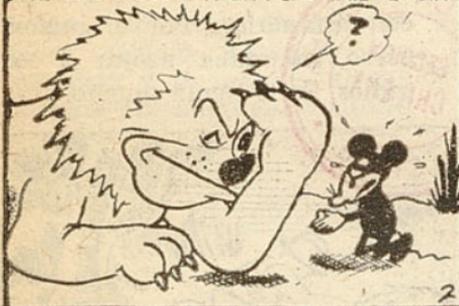
Por
J. CHRISTIE M.



EL RATONCILLO APRISIONADO
POR LAS GARRAS DE UN LEON EL DESDICHADO
EN TAL RATONERA NO FUE PRESO
POR LADRON DE TOCINO NI DE QUE-
SO



SI NO PORQUE SEGUIDO MOLESTABA
AL LEON QUE EN SU RETIRO DESCANABA
PIDE PERDON LLORANDO SU INSOLENCIA
AL OIR IMPLORAR LA REAL CLEMENCIA.



RESPONDE EL REY EN MAJESTUOSO TONO:

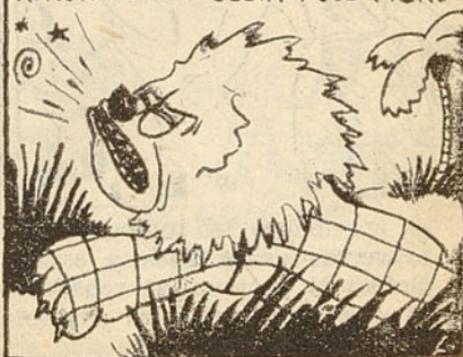
MUY BIEN, POR
AHORA TE PERDONO

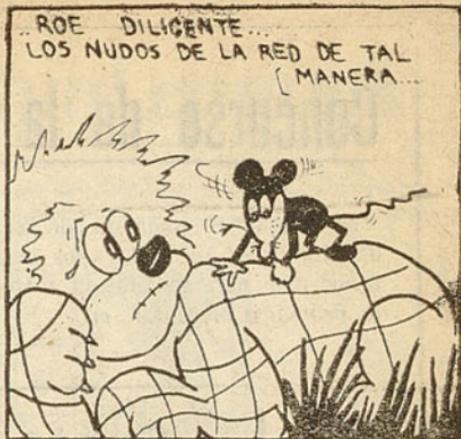
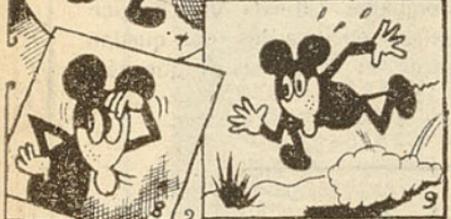


POCO DESPUES CAZANDO EL LEON TROPIEZA
CON UNA RED OCULTA EN LA MALEZA



QUIERE SALIR, MAS QUEDA PRISIONERO
ATRONANDO LA SELVA RUGE FIERO





Y ASI NO MAS ES...



Concurso de la Casa Iluminada

La Sección Propaganda de la Compañía Chilena de Electricidad Limitada recuerda a los pequeños concursantes, que quedan pocos días para solicitar la entrega de las cartulinas, y que sólo es necesario presentar, el

Cupón único

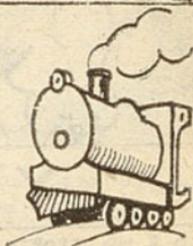
NOMBRE:

DIRECCION



Lo mejor, lo más novedoso y lo más variado en juguetes nacionales y extranjeros.

Los papás encontrarán lo que necesitan, y los niños lo que desean.

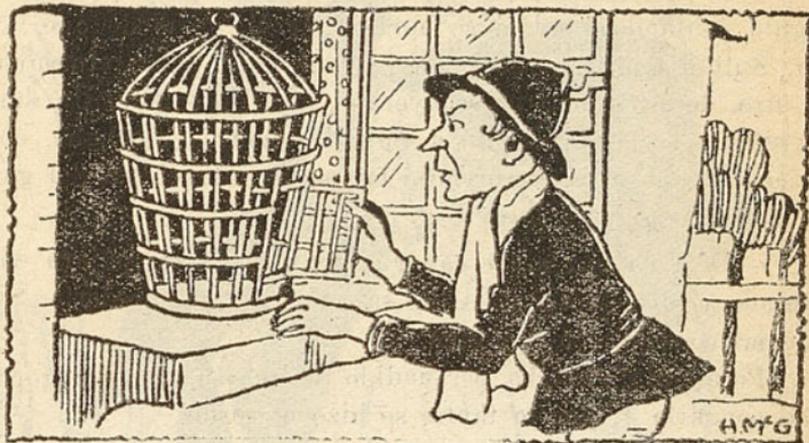


CASA JACOB

Ahumada 23 y Estado 340
Santiago

Plaza Anibal Pinto.--Valparaíso

El gato que cantaba



Tuvo una sorpresa dolorosa al hallar la jaula vacía.

Había un gato atigrado, que se llamaba Sultán y vivía en compañía de su ama, la señora Tecla, en una casita situada en un extremo del pueblo.

Sultán era un excelente cazador de ratones, porque su ama le prohibió cazar pájaros. Era un gato muy inteligente y comprendía cuanto le decían, de manera que no cazaba pájaros... si no le era posible. Pero tenía un deseo loco de apoderarse del canario del vecino. Ocupaba una gran jaula plateada y durante todo el día cantaba con fuerte voz.

—¡Cuánto me gusta oír ese canario! — decía la señora Tecla. — Me alegró mucho de que el vecino dejé las ventanas abiertas.

Sultán, en cambio, no era aficionado al canto del pája-

10. Parecíale que éste empezaba sus trinos cuando él se disponía a dormir en la cerca del jardín. Entonces el maldito canario comenzaba a cantar.

Bufaba el gato, para imponerle silencio, pero el canario seguía cantando, cual si se burlara de él, de modo que, al fin, Sultán tenía que abandonar aquel sitio, para refugiarse en otro, desde el cual no se oyera el maldito cantor. Un día, la señora Tecla sorprendió a Sultán mientras acechaba, cólerico, al canario y comprendió las malas intenciones del gato. Por consiguiente lo avisó:

—Déja en paz a ese canario, Sultán. Es un pájaro encantado y si te lo comieses, no sabemos lo que sucedería. Sigue mi consejo y te irá bien.

Pero Sultán estaba persuadido de que su ama se proponía asustarlo y, por lo tanto, se hizo el sordo.

Esperó una buena oportunidad, que se presentó un día en que el vecino había dejado la jaula del canario en el antepecho de la ventana.

Sultán franqueó de un salto la cerca del jardín y en cuanto el canario lo vió empezó a cantar, a pesar de que Sultán le dirigió unos cuantos bufidos. Luego saltó a la ventana, abrió la puerta de la jaula y se comió el canario. Ya no había que pensar más en él. Hecho eso, decidió fingir que no sabía nada del asunto. Para ello se enroscó bajo una mata y se echó a dormir, pero en cuanto hubo regresado el vecino, armó un escándalo extraordinario y al fin comunicó a doña Tecla la desaparición del canario.

—Estoy segura de que no ha sido Sultán — dijo la señora. — Véalo usted enroscado pacíficamente, al pie de aquella mata. Si hubiese hecho algo que creyese malo, estaría asustado u oculto.

Aquella tarde Sultán entró en la casa, para merendar



Soltón se volvió y pudo ver a una bruja que se reía de él.

y en cuanto quiso dirigir un maullido a su ama, ocurrió algo espantoso: empezó a cantar como si fuera un canario.

—¿Qué pasa? — preguntó, alarmada, doña Tecla, y acariciando al mismo tiempo al gato.

Sultán quiso dar un ronquido de satisfacción, pero, de nuevo, emitió varios trinos.

Entonces su ama comprendió la verdad.

—¡Oh, Sultán! ¡Has devorado ese canario! ¿Ves lo que te pasa? Vale más que me acompañes a casa del vecino, para ver si se puede hacer algo.

Pero el vecino se enojó tanto, al enterarse de que Sultán había devorado su canario, que no quiso hacer nada. Por el contrario, agarró una estaca y Sultán huyó trinando a más y mejor.

Se refugió en el bosque y una vez allí se esforzó en recobrar su voz, pero fué en vano, porque cuantas veces trataba de bufar o de maullar, no hacía otra cosa que emitir trinos y gorjeos, como solía hacer el canario. Y mientras estaba ocupado en eso, oyó que alguien se reía. Volvióse y pudo ver a una bruja, cuya negra capa agitaba el viento y que se reía hasta derramar abundantes lágrimas.

—¡Un gato que canta como un canario! ¡Caramba, nunca vi cosa semejante! Con toda seguridad te has comido el canario de tu vecino y a causa de eso has perdido tu voz, adquiriendo la suya propia.

Sultán se acercó humildemente a la bruja, tratando de dar un maullido, para solicitar su ayuda, pero, de nuevo, dió un gorjeo.

—Si me ayudas, te ayudaré yo a mi vez — dijo ella. — Ven a cazar todos los ratones de mi cueva, así como también las ratas, y luego haré de manera que recobres la voz. Así podrás volver a casa de tu ama.

Tres semanas le costó cazar todas las ratas y todos los ratones.

Cuando la bruja observó que no quedaba una sola rata ni un mal ratón en su casa, ya porque Sultán les diera muerte o porque hubiesen emprendido la fuga, llamó al gato y le dijo:

—Ahora vas a recibir tu recompensa. Me darás el pelo más largo de tu bigote y tres pelos rojos de tu cola. Yo misma los arrancaré. Gracias.

Sultán trató de dar un maullido de dolor, pero sólo consiguió articular un gorjeo. La bruja puso los cuatro pelos en fila, pronunciando una sarta de extrañas palabras y al mismo tiempo Sultán pudo sentir que lentamente acudía su acostumbrada voz a su garganta. En cuanto a los pelos, se agitaban como impulsados por el viento, y de repente, ocurrió algo muy raro.

¿No lo adivináis? Pues, apareció ¡el canario! Agitó las plumas y luego abriendo su piquito empezó a cantar.

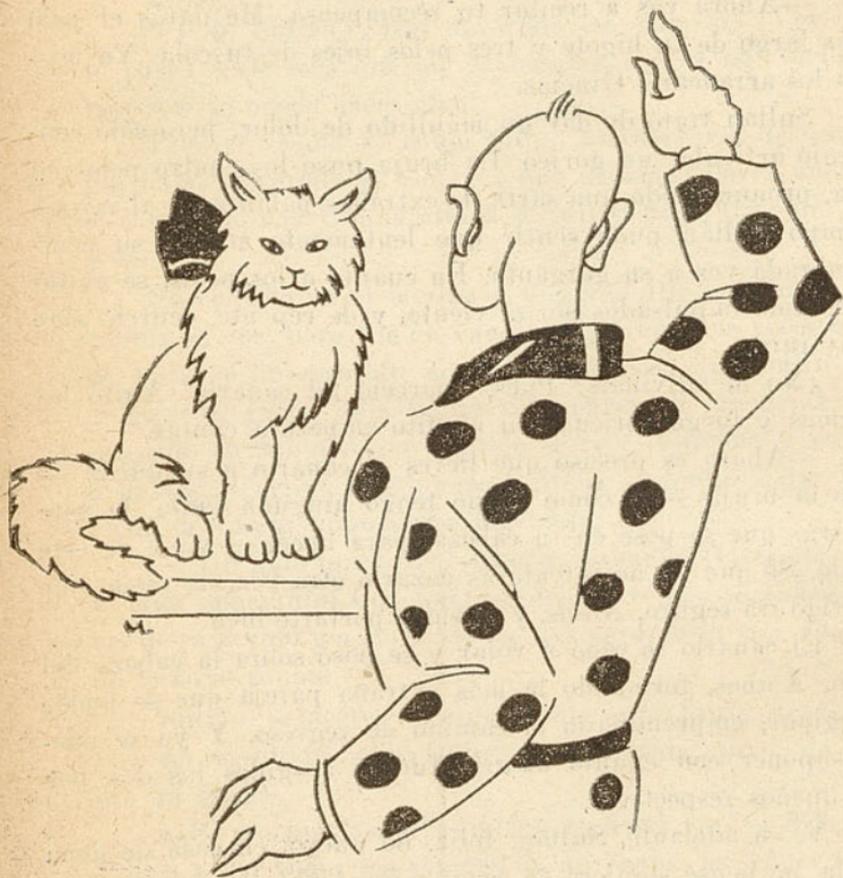
—Ahora es preciso que llesves el canario a su dueño — dijo la bruja — y como yo no tengo ninguna jaula, le permitirás que se pose en tu cabeza, para hacer el viaje de este modo. Sé que ya no intentarás cazarlo otra vez, de modo que contigo irá seguro. Adiós, y procura portarte bien.

El canario se echó a volar y se posó sobre la cabeza del gato. Ambos, formando la más extraña pareja que se puede imaginar, emprendieron el camino de regreso. Y ya se puede suponer con cuánta alegría fueron acogidos los dos por sus dueños respectivos.

Y, en adelante, Sultán, feliz, de nuevo, en casa de doña Tecla, no pensó siquiera en cazar más pájaros.

Concurso de Navidad

(Cuadro N.º 7)



Envíe este cuadro y envíelo con su nombre y dirección a esta revista.



5.— Tres salvajes salieron en su persecución. Pero el fugitivo corría más rápidamente que un conejo.



6.— El fugitivo corría en dirección de Robinsón, el cual decidió defenderlo. Robinsón derribó a uno de los perseguidores del fugitivo.



7.— Entonces el pobre indio que se había salvado corrió a los pies de Robinsón y lo trató como a un dios.

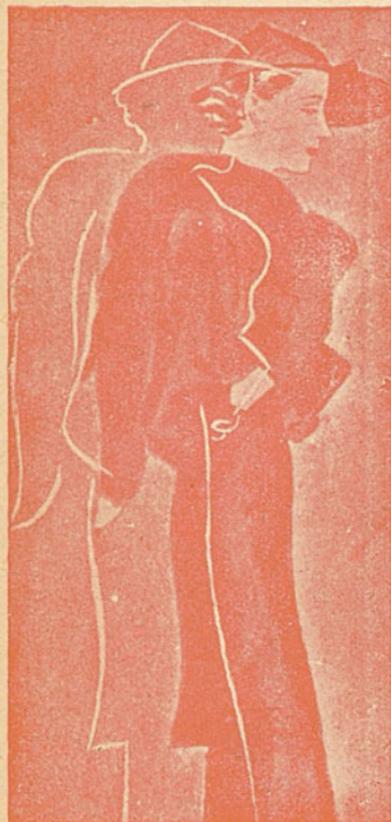


8.— Robinsón se lo llevó a su vivienda. Le dió algunas ropas y algo de comer y en seguida le hizo dormir.

(Vea el próximo número),

Todo el mundo se preocupa de su cuerpo...

cuida de no perder el cabello o los dientes...
aún de no perder la línea! Pero son muy pocos los que se preocupan de no perder los ojos!
LA VISTA PERDIDA NO PUEDE RECUPERARSE!



EL 85 % DE LAS ENFERMEDADES DE LA VISTA PROVIENEN DE DEFECTOS DE ILUMINACION. USE USTED LUZ DIFUSA EN CANTIDAD ADECUADA A SUS NECESIDADES, Y EVITARA MOLESTIAS, GASTOS, Y EL PELIGRO DE PERDER PREMATURAMENTE SU VISTA.

Compañía Chilena de Electricidad Ltda.